

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 5 JUNIO 1897. NÚM. 23

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

ASAMBLEA NACIONAL REPUBLICANA

Se constituyó bajo la presidencia del marqués de Santa Marta, acompañándole como vicepresidentes los señores Guasch y Blasco Grajales, y sin el menor obstáculo aprobó las siguientes

BASES:

Primera.

La Asamblea Nacional de fusión republicana hace suyo el doble objeto de la convocatoria.

1.º Organizar la fusión de los republicanos españoles en un solo partido, cuyos fines sean:

Conquistar la República.

Gobernarla hasta que las Cortes Constituyentes la den forma.

Reunir dichas Cortes, garantizando la libre elección por el sufragio universal de los representantes del país que habrán de formarlas.

Y 2.º Acordar el programa del gobierno interino de la República.

Segunda.

BASE PRELIMINAR.

La Asamblea declara que la fusión republicana utilizará todos los medios ó procedimientos, así los normales como los extraordinarios, que el deber impone y las circunstancias aconsejan, hasta conseguir la sustitución del régimen imperante por el republicano.

Tercera.

Los organismos del partido serán los siguientes:

1.º La Asamblea Nacional de fusión republicana.

2.º La Junta directiva central.

3.º El Directorio.

4.º Las Juntas provinciales.

5.º Las Juntas municipales.

Cuarta.

La Asamblea será constituida por los representantes de las provincias, diputados y senadores en funciones y representantes de los periódicos, conforme á las reglas que dicte al efecto la Junta Central. Dichas reglas subsistirán mientras no las reforme la Asamblea.

Se reunirá ésta cuando fuese convocada por la Junta Central ó el Directorio del partido.

Quinta.

La Junta Central estará compuesta de 40 vocales, nombrados directamente por la Asamblea entre los residentes en Madrid y en provincias, y de los diputados y senadores del partido mientras ostenten su representación.

Si la elección fuese por papeletas, cada miembro de la Asamblea sólo podrá votar treinta.

Podrá acoger en su seno otros vocales, representantes de nuevos elementos que se adhieran á la fusión.

La Junta se reunirá dos veces al año, ó antes si fuese convocada por el Directorio ó lo pidiese la tercera parte de los vocales de la propia Directiva.

Sexta.

LA JUNTA CENTRAL

1.º Se constituirá nombrando un presidente, dos vicepresidentes y dos secretarios.

2.º Eligirá inmediatamente de su seno el Directorio, compuesto de siete personas residentes en Madrid.

Podrá ampliar este número al adherirse nuevos elementos.

3.º Resolverá los conflictos que surjan sobre la inteligencia de las bases fundamentales del partido y conducta general del mismo, ora entre las provincias, ora entre el comité provincial y los municipales dentro de una misma.

4.º Podrá delegar en el Directorio las facultades que estime conveniente.

5.º Se ocupará del desenvolvimiento de la organización del partido y de las bases doctrinales.

En el caso de que las resoluciones de carácter doctrinal no tuviesen las dos terceras partes de los votos de la Junta directiva, resolverá en definitiva la Asamblea Nacional.

Séptima.

Corresponderá al Directorio:

1.º Organizarse como estime conveniente.

2.º La ejecución de los acuerdos de la Asamblea y de la Junta general.

3.º El mantenimiento de relaciones constantes entre todos los organismos del partido y la severa disciplina de éste.

4.º La dirección del partido dentro de las facultades que le señale la Junta Central y al objeto de instaurar la República, aplicando oportunamente los medios y procedimientos adecuados.

5.º Utilizar los servicios de todos los republicanos, bien individualmente, bien por Comisiones especiales, sin reserva ni condición de género alguno.

6.º Asociar á su empresa y dar ingreso en el mismo Directorio, á los representantes de elementos cuyo concurso estime necesario para la restauración de la República, dando cuenta en su día á la Junta Central y á la Asamblea.

7.º Designar quiénes deben sustituirlos interinamente en caso de fuerza mayor, con facultad en éstos para hacer otro tanto, á fin de que jamás carezca el partido de la debida dirección.

Octava.

Para constituir los primeros comités provinciales dictará reglas la Central. Los acuerdos que sobre este particular adopte la Central, serán cumplimentados por el Directorio y regirán solo hasta que los comités provinciales se hayan constituido y acuerden lo que estimen oportuno sobre su régimen futuro, y tendrán respeto de los comités municipales las mismas atribuciones que la Central con relación á los provinciales.

Novena.

Para la constitución de los primeros comités municipales adoptarán las Juntas provinciales acuerdos oportunos, del mismo modo que la Junta Central respecto de los primeros comités provinciales.

Los comités municipales se regirán por los mismos principios y reglas que los provincia-

les y establecerán libremente su régimen interior.

Décima.

El Directorio, la Junta Central, los comités provinciales y los municipales contribuirán mensualmente al sostenimiento del partido en la cuantía y forma que aquella determine.

Once.

La organización de la República será determinada por las Constituyentes, cuya convocatoria se demorará lo menos posible, á fin de que se acelere la hora solemne de fijar los destinos de la patria.

Doce.

La dirección general y los intereses comunes de la nación estarán hasta la reunión de las Cortes Constituyentes á cargo de un Gobierno Nacional constituido de modo que en él tengan representación proporcional y equitativa todos los elementos que hayan contribuido al triunfo de la República.

La acción del Gobierno Nacional se inspirará en el más profundo respeto á los derechos naturales del hombre y las garantías del ciudadano consagrados por el título I de la Constitución de 1869; así como en el sentido general de la revolución y en el deber riguroso de no prejuzgar solución alguna especial y definitiva respecto de la forma de la República.

Inmediatamente después de constituido el gobierno, éste convocará los comicios para que, con arreglo á la ley electoral de 26 de Junio de 1890, se proceda á la elección de Ayuntamientos y Diputaciones provinciales.

Trece.

Los nuevos Ayuntamientos y Diputaciones provinciales se regirán por las leyes municipal y provincial de 20 de Agosto de 1870, modificadas por el Gobierno Provisional en un sentido autonomista, de suerte que todo cuanto en ellas se reconoce como de la exclusiva competencia de los Municipios y Diputaciones provinciales, ha de quedar sustraído á la intervención de las autoridades extrañas á aquellos organismos. Los recursos gubernativos serán resueltos con las Comisiones provinciales, y los demás recursos que las citadas leyes establecen, por los tribunales de justicia.

Catorce.

Las Cortes Constituyentes se elegirán por sufragio universal, conforme á la ley de 26 de Junio de 1890, con las modificaciones siguientes:

1.º El reconocimiento de la representación por el voto acumulado.

2.º La supresión de los colegios especiales establecidos por la ley vigente.

Quince.

Los elementos fusionados se comprometen al respeto absoluto de la legalidad que establezcan las Constituyentes, condenando desde ahora todo cuanto en contra de esa legalidad pudiera hacerse, de cualquier modo ó por cualquier concepto, fuera de la vía legal y pacífica.

Dieciséis.

En virtud de la aceptación de las bases precedentes, la Asamblea declara constituida la fusión republicana, y con el fin de que nada estorbe su marcha ni sea obstáculo á la unidad y á la eficacia de su acción, considera desde este instante disueltos los partidos y grupos cuyos representantes han concurrido y se comprometen á ejecutar este acuerdo, comunicándolo á sus respectivos organismos políticos.

Ayuntamiento de Madrid

Bases adicionales.

Primera.

El partido de fusión republicana acepta el régimen autonómico como solución al problema de Cuba y Puerto Rico, rechazando toda ingerencia extranjera que pueda ser lesiva al honor nacional.

Segunda.

El partido de fusión republicana mantendrá desde luego en su integridad la ley de 24 de Julio de 1873, regulando el trabajo en las fábricas, talleres y minas; restablecerá el proyecto relativo á la creación de jurados mixtos, y declara que tiene el firme propósito de poner en su día toda la atención que reclama el problema obrero, inspirándose para la resolución del mismo en su aspecto jurídico, en el sentido que reclama el derecho y la armonía entre las clases sociales.

Tercera.

Declara, asimismo, el partido de fusión republicana que, con todos los miramientos y discreción que pide lo difícil del problema, ansia que llegue el instante oportuno de establecer en las islas Filipinas un nuevo régimen, ya que las funestas consecuencias del vigente se han puesto harto de manifiesto.

Representantes.

Exdiputados y exsenadores.

D. José Ramírez Duro, D. Ramón Pérez Costales, D. Rafael María de Labra, D. Gumersindo de Azcárate, D. José Muro, D. Francisco Rispa Perpiñá, D. Eduardo Baselgas, don Juan Sol y Ortega, D. Juan Gualberto Ballesteros, D. Rafael Prieto y Caules, D. Nicolás Salmerón y Alonso, D. Enrique Pérez de Guzmán, D. Miguel Morayta, D. Tomás Pérez Linares, D. Camilo Pérez Pastor, D. Mariano Araus, D. Cirilo Tejerina, D. Federico Solae-gui, D. Miguel Morant, D. Joaquín Vuelves, D. José Melgarejo, D. Salvador Perelló, don Joaquín Huelves Temprado, D. Juan Bautista Delgado, D. Marceliano Isabal, D. Federico Brú, D. Eusebio Corominas Cornell, D. Luis Ojeda, D. Rafael Cervera, D. Cosme Echevarrieta.

Exmilitares.

D. Basilio Lacort, D. Luis Pardo y D. Antonio Pozo Acosta.

Representantes por los periódicos adheridos.

Diario de Avisos, de Manresa, D. Arturo Gallar; *La Justicia*, de Calatayud, D. Marcos Martínez; *La Libertad*, de Valladolid, D. José María Gómez; *El Republicano Nacional*, de Madrid, D. Miguel Morayta Serrano; *La Unión*, de Castellón, D. Ignacio Hidalgo Saavedra Ponzo; *La Concordia*, de Salamanca, D. Joaquín Martínez Veira; *La Campana de Gracia*, D. Alfredo Calderón; *El Progreso*, de Játiva, D. Camilo Juan Conca; *El Congost*, de Granollers, D. Francisco Salmerón; *Las Dominicales*, de Madrid, D. Fernando Lozano; *La Región Extremeña*, de Badajoz, D. Nicolás Salmerón García; *El Liberal*, de Mahón, D. Máximo Cadaviz Lamas; *El Demócrata*, de Mataró, D. Avelino Brunet; *La Publicidad*, de Barcelona, D. Francisco Ravilla; *La Justicia*, de Madrid, D. Manuel Pérez García; *La Unión Republicana*, de Oviedo, D. José Manuel Pedregal; *La Conciencia Libre*, de Valencia, don Pedro Mayoral; *La Unión Republicana*, de Cádiz, D. Joaquín Sánchez; *El Pueblo*, de Murcia, D. Pedro Muro; *EL MOTIN*, D. José Naks.

Representantes de Sociedades, Círculos y Casinos.

Alicante, D. Benjamín Gras Pérez y don Justo Vizcarro Jordán.

Barcelona, D. Mariano Altavás y D. Juan Bracón.

Castellón, D. Fernando Gasset y D. Emilio Santa Cruz.

Ferrol, D. Ramón Pérez Costales y Abelardo Vila.

Gallarta, D. Manuel Buyler Otero. Herencia, D. Tomás Romero y D. Enrique Alba.

Logroño, D. Enrique Calvet y D. Licencio Morante.

Orense, D. Julio Carvallo y D. W. Gallegos Barriento.

Oviedo, D. Miguel A. Buylla y D. Celestino Armiñan.

Sagunto, D. Salvador Bruquet España.

Santacruz, D. Manuel Cámara.

Zaragoza, D. Eusebio Romo y D. Manuel Franco.

Madrid, D. Aureliano Albert y D. Federico Joillier.

Representantes de provincias.

Almería.

Sres. D. José Artola, A. T. Camacho, Antonio Blanes Castell, José María Orland, Tomás Alonso Valladolid, Amador Sánchez Martínez, Alejo García Moreno, Manuel Fernández Góngora y Rafael Alonso.

Albacete.

Sres. D. Germán Leóu Vera, Gabriel V. Talavera, Leopoldo Pedrón, Amador Cano, Atanasio Gil Tortosa y Manuel Alcázar.

Alicante.

Sres. D. Juan Fernández Bertomeu, Manuel Esteve Izquierdo, José Ansó Arenas, Luis Peñalva Muñoz, José María Milego, Antonio Rios Cabot, José López Olivares y Enrique Esquemra.

Avila.

Sres. D. Florencio Herreras, Sebastián Cira y Víctor Gallego.

Badajoz.

Sres. D. J. Simeón Vidarte, Antonio Sierra Mercado, Florencio Alguacil Canales, Ruben Landa.

Barcelona.

Sres. D. Antonio Vallés Masferrer, Juan Salas Antón, Clemente Selvas.

Bilbao.

Sres. D. Miguel Morayta, Francisco Azarán, Manuel Unzuurrungaza, Gaspar Leguina y Luis Ramírez.

Burgos.

Sres. D. Francisco Aparicio Mendoza, Julio Díez Montero, Mariano Melchor, Federico Fernández Izquierdo y Rodrigo Arquínaga García.

Castellón.

Sres. D. Carlos González y Pedro Rodríguez Bádalo.

Córdoba.

Sres. D. Juan Carbonell, José L. Delgado, Evaristo Jiménez Illescas, Mariano Zaragoza, Rafael Padilla Ariza y Federico Camacho.

Ciudad Real.

Sres. D. Tomás Romero y Rodríguez de Celis.

Cuenca.

Sres. D. Máximo Molina Collado, Manuel Mora Cerezo, Cristóbal Martín Rey, Julián Diamante, Remigio Sánchez Covisa y Ambrosio Pérez.

Guadalajara.

Sres. D. Francisco Garrido Mena, Juan Antonio Carlier, Gabriel Montero y Eduardo Moro.

Granada.

Sres. D. Pablo Jiménez, Pablo Perales, Antonio María Ballesteros y Antonio Sánchez Balbi.

Gerona.

Sres. D. Buenaventura Carrera, Enrique Frígola, José Roca, Vicente Boada, Pablo Alsina, Constantino Rodríguez y Ramón Pellico.

Huelva.

Sres. D. Domingo Toscano, Miguel Men-

dión, Antonio Díaz Barroso y Antonio F. Gutiérrez.

Huesca.

Señores Vizconde de Torres Solanot y Alejandro Medina.

Jaén.

Sres. Alberto Aguilera y Arjona, Manuel González, José Sánchez León, Faustino Caro Piñán, Martín M. López, Melitón Asensio Monreal y Nicolás López.

Lérida.

Sres. D. Odón de Buen, Manuel Verny, Justo Morayta, y Francisco Colom.

León.

Sres. D. Gumersindo de Azcárate, Emilio Menéndez Pallarés, Esteban Morán, Mariano Santos Pinela, Macías Alonso Fresnos y Federico G. Valderrama.

Logroño.

Sres. D. Donato G. Trevijano, Francisco Zuazo, Juan M. Zapatero, Francisco de P. Marín, Pedro Fernández y Saturnino Ullarqui.

Lugo.

Sres. D. Victor Castro, D. Juan Manuel Somoza, Jesús F. de la Vega, Nicolás García Acevedo y D. Ramón Vázquez Gómez.

Madrid.

Sres. D. Florencio Castro, Tomás Pastrana, Paulino de la Gándara, Ignacio Hidalgo Saavedra, Manuel Abella y Ruperto Chavarri.

Málaga.

Sres. D. Enrique Pino y Juan García Medina.

Murcia.

Sres. D. José Lorca Torrijos, Roque Martín Pérez, Hipólito Calderón, Juan Martínez Conesa, Francisco González Gil y Alvaro Jiménez Esteve.

Oviedo.

Sres. D. Melquiades Alvarez, Luis Arroyo, Ciriaco Balbín, Juan Fernández Llano, Alfredo Puigmarino, Manuel G. Río y Juan Fernández Entrerios.

Orense.

Sres. D. Manuel Hervella, V. Gallego Barrientos, José Caro, Alfredo Vincenti.

Palencia.

Sres. D. Casimiro Junco, Antonio Roldán, Gaspar Alonso Martínez, Evasio Rodríguez Blanco, Julián M. Nacon, Esteban Anton Moras, Carlos P. Laurin, Luis Brejel Carranceja.

Pontevedra.

Sres. D. Carlos Fornos, José Juncal.

Sevilla.

Sres. D. José Ríos Pablo, Luis Enrique Pales, José Montes Sierra, Blas Enrique Jiménez, Andrés Carvacho y Fernando Arian.

Segovia.

Sres. D. Vicente Sárraga, Luis Díaz Velasco, Mateo G. Matabuena y Daniel García Albertos.

Soria.

Sres. D. Francisco Lacusant, Manuel Martí Alay, José Agulló, José Morales Esteve, Manuel Motilla y Manuel Torres.

Salamanca.

Sres. D. Salvador Gonas de Liaño y José Alvarez Nacor.

San Sebastián.

Sres. D. Francisco Zabala, Antonio Iturrioz, Pedro M. Gomundí, Miguel Comín y Eustasio Eguinzo.

Tarragona.

Sres. D. José Andreu Calvet, Antonio Romagosa, Nicolás Amador, Juan Olivé, Ricardo Guachs y Francisco Aguado Zamora.

Toledo.

Sres. D. Jose M. Pierna Hurtado y Juan Romero.

Valencia.

Sres. D. Víctor Navarro Rey, Aurelio Blasco Grajales, Domingo Tabeus Rodríguez, Salvador Burguete, Adolfo Beltrán, Agustín Costa, Vicente Alcayno, Manuel Matoses, Nicolás Grendiani, Santiago Castellanos y Joaquín Sánchez Covisa.

Valladolid.

Sres. D. Mariano F. Cubas y Lorenzo Bernal García.

Zaragoza.

Sres. D. Manuel Foncilla, Víctor G. Abelaide, Ignacio Garchitorena y León Montes-truc.

Zamora.

Sres. D. Francisco García Cortés y Mauricio F. Cuevas.

Junta Central elegida.

D. Nicolás Salmerón, D. Gumersindo de Azcárate, D. Rafael Prieto y Caules, D. Rafael Cervera, D. Juan Salas Antón, D. José Melgarejo, D. Odón de Buen, D. José María Piernas, D. Marcelino Isabal, D. Miguel Villalba Hervás, D. Casimiro Junco, D. Cosme Echevarrieta, D. Rafael María de Labra, don Luis Ojeda, D. Fernando Lozano, D. Eusebio Corominas, D. Ricardo Guasch, D. Enrique Pérez de Guzmán, D. Ramón Pérez Costales, D. Francisco Rispa y Perpiñá, D. José Arto-la, D. Fernando Gasset, D. Melquiades Alvarez, D. Emilio Menéndez Pallarés, D. Juan Plá y Más, D. Basilio Lacort, D. Alfredo Calderón, D. Donato Gómez, D. José Muro, don José Carvajal, D. Juan Sol y Ortega, don Eduardo Baselgas, D. Francisco González Gil, D. Miguel Morayta, D. Juan Gualberto Ballesteros, D. Calixto Rodríguez, D. Faustino Caro, D. Alfredo Vicenti, D. Ignacio Hidalgo Saavedra y D. Emilio Junoy.

(Sólo á olvido ó distracción puedo atribuir que no haya sido elegido para la Junta Central ningún representante de la región valenciana, la más importante en España para asuntos revolucionarios. Debería subsanarse esta omisión).

Dejo para última hora dar cuenta de los nombres que componen el Directorio, pues no serán elegidos hasta las once de esta noche (jueves).

¡LLEGÓ MI DÍA!

Al oír los estrepitosos aplausos con que la Asamblea Nacional acogió la base 16 que echaba por tierra *jefes, fracciones y programas*; al ver retratados la alegría y el entusiasmo en los rostros de los representantes, no supe explicarme si lo que yo sentía era contento ó indignación; si deseaba abrazarlos uno á uno, ó lanzarles á todos una frase sangrienta que me vengara de pasadas injusticias. Por esto aplaudí, y por esto también pronuncié palabras que delataban el estado de mi ánimo.

En un segundo relampaguearon en mi memoria los recuerdos de los últimos seis años, que he pasado afrontando falsos juicios, irguiéndome ante la calumnia, devolviendo cien golpes por uno, y comprometiéndolo todo, y perdiéndolo todo, más sin sentir desfallecimientos, ni desconfiar de mí, ni dudar del triunfo...

Y pensé en lo largo de la faena, en lo rudo del batallar, en la confianza que siempre tuve de que este momento llegaría; y lo pensé, al ver prolongarse y repetirse los aplausos aquellos que esparcían los últimos átomos de la maledicencia, apagaban los postreros ecos de la mentira, y ponían una losa sobre las malas pasiones que mi campaña levantó;

aplausos que parecían gritarme: «tenías razón: *jabajo los jefes! jabajo las fracciones! jabajo los programas!*»

El triunfo ha tardado seis años, pero ha sido grande, completo... No se ha debido á sorpresa, porque hemos luchado cara á cara; ni á amañó, porque de todos los puntos de España han venido á alcanzarlo; ni á inconsciencias, porque todos los concurrentes traían el mismo propósito...

Pocas veces habrá producido más entusiasmo una proposición ni alcanzado mayor unanimidad un acuerdo... Lo mismo aplaudían los que hasta entonces habían sido jefes, que los que trabajaron por derribarlos.

Un *viva la fusión!*, grito tan repetido por mí, fué contestado por todos. Y en aquel momento, cuando aun resonaba, abandoné el salón: quería salir (permítaseme la frase) escoltado por aquel grito, seguido por aquellos aplausos...

Al llegar á la redacción se me ocurrió hojear los tomos de EL MOTIN de los últimos seis años, y apenas encontré un número en que, ya explícitamente, ya implícitamente, no estuviera contenido el programa que acababa de hacer suyo la Asamblea. Y ante aquella cantidad enorme de trabajo, ante aquella idea expresada por mí en tan múltiples como variadas formas, admiré la fuerza de resistencia que dan las convicciones honradas.

El día que Mahoma tuvo tres hombres que creyeron en él, echó los cimientos de una religión. Declaro que comencé á gritar *jabajo los jefes! jabajo las fracciones! y jabajo los programas!* con menos creyentes que Mahoma. El que no lo crea recuerde las veces que él mismo, aun cuando no lo formulara públicamente, condenó mi empeño ó dudó de mis intenciones.

Pero enterremos el pasado; todos tenemos necesidad de que no aparezca un Cristo que resucite ese Lázaro, *que bien muerto está*; y esforcémonos cada uno en la medida de nuestras fuerzas, porque la fusión resulte fecunda en bienes para la patria.

Y ahora yo ¿qué hago?... ¿Qué? Empezar una campaña tan tenaz como la anterior, pero más simpática y que venga á servirle como de complemento, contra el carlismo, sus auxiliares y sus cómplices; recordando á España la sangre, las lágrimas y las ruinas que debe á ese partido; despertando los odios viejos para pedirles que incuben energías nuevas; campaña que me producirá más satisfacciones que la terminada, porque nunca se interpondrá la amistad en mi camino ni me asaltará el temor de cometer una injusticia; campaña, en fin, ya comenzada, y que por los resultados obtenidos promete ser eficaz.

JOSÉ NAKENS

Á MIS LECTORES

Gracias á los que ni por un sólo instante dudaron de mí, y me siguieron, y me alentaron.

Lo he dicho antes de ahora y lo repito hoy: todo el que haya sido lector de EL MOTIN desde el 91 al 97, me honrará mucho dispensándome su amistad.

SEAMOS SERIOS

No podemos blasonar los españoles de haber contribuido con una aportación grandiosa al patrimonio

intelectual humano. Nuestro carácter y nuestra historia nos han llevado siempre á preferir la acción á la especulación, y al reposo de la teoría las agitaciones de la vida práctica.

Aparte una literatura abundosa, conceptuosa, grandilocuente, hiperbólica, más pletórica de imágenes que de ideas, que crece y se desarrolla con exuberancias de selva tropical, y cuyo principal mérito reside en la fecundidad, muy poco hemos dado al pensamiento. Sólo por excepción figura el nombre de alguno de nuestros compatriotas en el catálogo de los sabios. Sin salir de nuestra propia historia, ninguna fama de pensador emula en ella la de nuestros políticos y guerreros. Ninguna gloria de científico ó de filósofo compite en España con las de Cisneros ó Isabel la Católica, el Cid, Cortés ó Gonzalo de Córdoba.

Mas, por ley de compensación, si en punto á las dotes reflexivas del espíritu mostróse siempre indigente el genio nacional, todas sus fuerzas vivas se manifestaron potentes concentrándose en las cualidades del carácter. Austero, severo, duro, eminentemente fanático y un poco feroz; tal es el español de nuestros tiempos heroicos. Lo que compensa sus defectos y hace perdonar la incurable estrechez de su horizonte mental, lo que reviste á esa figura de un tinte de grandeza y da á nuestra historia cierto magistoso parecido con la de los pueblos antiguos, es el desarrollo de las energías de la voluntad; la devoción sincera, la lealtad absoluta, la adhesión incondicional, la abnegación sin límites, el hondo sentimiento del honor y del deber, todas esas cualidades que, falseadas, son fuentes del servilismo, la superstición, la intolerancia y la baratería, pero que tienen su raíz viva en nobles instintos morales. Nuestro espíritu nacional nunca fué amplio, pero sí profundo. De todo podrían ser acusados nuestros mayores menos de una sola falta: la de no tomar en serio la vida.

Que es precisamente la característica de los españoles del día. De entre nuestras viejas virtudes apenas resta ya vida entre nosotros si no la virtud militar. Valor activo en el oficial para luchar por estímulos del honor; valor pasivo en el soldado para morir por instinto de obediencia. Todo lo demás puede decirse ha desaparecido. De aquellas cualidades que un tiempo nos enaltecieron, tan sólo vive el simulacro. El patriotismo es en muchos una palabra. La adhesión al rey, inspiradora un día de grandes hechos reales y de grandes conflictos dramáticos, se ha convertido en un tópico del convencionalismo político.

La religiosidad de los más es interesada hipocresía. Todos los soportes morales en que se fundó un día el edificio de la sociedad española, han venido á tierra. Los sentimientos de derecho, de libertad, de cultura, de humanismo, que, en pueblos más venturosos vinieron á sustituir á los antiguos, apenas si entre nosotros han nacido. Y así es como, divorciado el viejo fondo de la forma nueva, hundido el antiguo templo y no edificado el moderno, absorto el espíritu á la servidumbre de las apariencias del pasado y rebelde á las realidades del presente, sin fuerza para restaurar el siglo XVI ni vivir en el XX, nuestra moral sociológica, antes tan potente y eficaz en medio de la estrechez de su sentido exclusivista, es hoy en realidad desolado campo de ruinas.

De entre todos esos cadáveres acaso sea el más descompuesto el cadáver de nuestra tradicional y ya legendaria seriedad. ¿Qué nos resta de ella? La restauración, con su triunfo del flamenquismo y su culto supersticioso de las mentiras convencionales, ha acabado con sus vestigios. El pueblo mismo, falto de toda educación pública, extraviado por los mismos que debieran guiarle, coopera inconsciente, cándidamente, á esa obra de destrucción. Hasta sentimientos hondos y sinceros toman aquí carácter bufo. Las cosas serias resultan ridículas por desmedidas, exageradas, violentadas y sacadas de quicio. Cuando es un inventor inteligente y laborioso á quien sus admiradores ponen en situación imposible por imaginarse que, resueltos en un día media docena de problemas previos que la ciencia no sabe aún resolver, ha inventado una máquina de guerra capaz de navegar indefinidamente bajo las aguas y destruir en un dos por tres, á modo de ariete formidable, todas las escuadras del mundo.

Cuando es un oficial bravo, celoso y activo como todos, que resulta elevado á pesar suyo al rango de los héroes, sólo porque uno de los soldados de su columna tuvo el acierto de matar sin saberlo al más famoso de los caudillos de la rebeldía. Ahora se trata de un general, sin duda benemérito, que no estuvo en Filipinas en los momentos primeros de riesgo y pánico graves, que no ha dejado sofocada por completo la insurrección, que no supo reprimirla sino á costa de sangrientas ejecuciones, que recibió al efecto grandes refuerzos y se ha engañado en su cálculo

pidiendo más de lejos que había menester, cuyos achaques no le permitieron realizar por sí mismo su plan de campaña, que no tiene otro mérito sino el de haber dictado disposiciones de tan elemental evidencia en el arte militar, que un distinguido escritor ha venido prediciéndolas día por día, sin equivocarse una sola vez, desde las columnas de un periódico madrileño. No obstante lo cual hemos convenido en que dicho general es un rayo de la guerra, merecedor de los honores del triunfo.

El predominio de la fantasía sobre la razón y el discernimiento; la honda incultura en que nos hallamos sumidos; la sed tradicional de gloria transformada hoy, por no satisfacerla, en vano delirio de grandezas; la maliciosa contribución de las clases directoras al extravío de las ignorantes; todo coopera á hacer de nuestro pueblo materia propicia á las indiscreciones de los fanáticos y á las intrigas de los hábiles. Difícil remedio tienen males tan arraigados. Pero cumple al deber de cuantos á la opinión se dirigen poner de su parte cuanto quepa para evitar la repetición de hechos, que, sobre traer aparejados á veces graves peligros, dejan siempre maltrecha la seriedad nacional. Si seguimos sacando oficialmente en procesión á los santos para que llueva, y dejando á los obispos que organicen batallones, y creyendo ver imágenes en las chimeneas, y afirmando que la Concepción ha dado muerte á Maceo, y tributando á uno de nuestros generales homenajes que no mereció Moltke de sus conciudadanos, la vieja gravedad castellana va á sufrir en la opinión de las gentes grave menoscabo. Lo menos que dirán de nosotros por ahí fuera, es que España es un país de broma y una nación de mojiganga.

ALFREDO CALDERÓN.

Á LOS RETRAÍDOS

¿Con que queréis derechos sin obstáculos, sufragio universal sin dificultades, intervención en los asuntos del Estado sin lucha en los comicios?

Pues es lo mismo que si quisiérais el oro sin sacarle de la mina, la gloria sin trabajar para alcanzarla, y la libertad regalada por los tiranos.

¿No veis ¡egoístas! que el pescado no sale frito del mar? ¿No veis que la fiera se construye su choza en el bosque? ¿No veis que el telégrafo y la electricidad se han arrancado á la Naturaleza á fuerza de constancia, á fuerza de trabajos y después de una gran lucha?

Si Newton y Flancklin, si Colon y Galileo hubieran seguido vuestro perezoso y egoísta sistema ¿viajaríais hoy rápidamente? ¿Transmitiríais vuestro pensamiento por un alambre? ¿Sabríais por qué os quema el sol? ¿Tendríais sujeto el rayo?

Elogiáis Lanuza y no queréis aferraros en vuestro derecho.

Murmuráis de la pasada generación, que os rompió los más fuertes eslabones de la cadena, y seguís tumbados con la cadena al pie y sin hacer el pequeño esfuerzo que falta.

Pues ¿qué queréis, egoístas, qué queréis?

¡Ah! queréis una República para vosotros, exclusivamente para vosotros, y queréis que os la lleven á casa, y queréis que os den las gracias porque la aceptáis, ¿no es verdad?

Queréis que nosotros clamemos al cielo para que desaparezca la esclavitud, mientras vosotros nos despreciáis por activos.

Queréis que nosotros os libremos de este clero que pervierte nuestros hijos y de esa ley que los llama á servir de soldados á un monarca, y en tanto vosotros os absteneis de tomar parte en esta guerra justa.

¿Queréis eso, no es verdad? ¿Queréis que os reformemos la sociedad, queréis que la rehagamos, si es posible, y que luego os la entreguemos para vuestro entretenimiento?

¿No pedíais derechos á Narvaez? ¿No pedíais á los reaccionarios vuestra parte en la lucha? Y ¡ahora podéis luchar y os tumbáis á la bartola! ¿Cuando estabais oprimidos os revolvíais bajo la opresión del clero y del militarismo, y hoy, que podéis libraros del cura y del general, lo abandonáis con pretextos fútiles!

¡Ayer hubiérais dado vuestra vida por una

cédula electoral, y hoy rompéis esa cédula por no echarla á la urna!

Egoístas, esclavos de la ambición, señores de la pereza, ¿con qué derecho pedís que la justicia y la libertad os sean regaladas? Ganadlas con vuestro trabajo si queréis que sean legítimas.

¿Con qué derecho os quejaréis mañana de la deuda que nos abruma, del presupuesto que nos ahoga, de la inmoralidad que nos avergüenza, de la empleomanía que nos envilece y de la monarquía que nos estorba?

Habladores y nada más que habladores, egoístas y algo peor que egoístas, ¿creéis que vuestro retraimiento nos enerva ó nos asusta?

No, seguiremos luchando; triunfaremos sin vuestro apoyo; conquistaremos palmo á palmo el terreno que aún ocupan las instituciones rancias y los fanatismos estúpidos; arrancaremos á la arbitrariedad uno á uno vuestros derechos y vuestras libertades y os los regalaremos después.

Os los regalaremos, sí; que regalada y sólo regalada aceptaréis la libertad, haraganes de la idea, vagos de la política.

¿Con que os habéis retraído? ¿Con que creéis que vuestra única misión en el mundo es la de jugar al escondite con los derechos?

(Gil Blas, Septiembre de 1872.)

EL DIRECTORIO

D. Nicolás Salmerón.
Gumersindo de Azcárate.
Rafael M.^a de Labra.
Enrique P. de Guzmán
José Muro.
Miguel Morayta.
José Artola.

Decidido fui á no perturbar en la Asamblea; confieso, sin embargo, que tuve que hacer un gran esfuerzo para no gritar irónicamente al oír esos nombres:

¡El centralismo ha muerto! ¡Viva el centralismo!

Aun cuando sin disputa hubiera resultado mejor este otro:

¡La fusión ha muerto! ¡Viva la fusión!

MI OPINIÓN

Respecto á los hombres que deberían haber compuesto el Directorio, era sencillamente esta: que ninguno hubiera sido ministro ni jefe. Y así lo manifesté particular y oportunamente á los que podían y debían haberlo propuesto.

No lo hice yo en la Asamblea, por si acaso alguien no estaba dispuesto aún á perdonarme el triunfo que he alcanzado y surgía por aquí alguna contrariedad; aparte haber decidido de antemano callar y no aceptar cargo alguno.

Las razones que tenía para desear que no figurase en el Directorio ningún fracasado, eran varias; apuntaré algunas:

El mal efecto que pudiera producir en provincias el ver que continuaban gobernando al partido republicano los que no supieron hacer nada con su fracción, ni tampoco en las coaliciones y uniones que pactaron.

El que nadie sospechase que la fusión podía haberse hecho en favor de determinadas personas ó tendencias.

El que no se diera pretexto para repetir la consabida frase, *los mismos perros con distintos collares*.

Lo bien que hubiera sentado el ver que acababa el monopolio de los organismos republicanos.

Lo mucho que podía haberse esperado

de un Directorio compuesto de hombres en quienes la emulación, la ambición y hasta el deseo de sobresalir, hubieran predominado.

Esto habría traído además grandes ventajas á los mismos que acababan de ser jubilados como jefes. Si los del Directorio realizaban lo que todos deseamos, les hubiéramos agradecido á ellos su circunstancial retirada, que nos permitía ufanarnos con prestigios nuevos. Y si hubieran fracasado, se habrían rehabilitado en todo aquello que se les había discutido como jefes.

Cierto que habría producido al pronto mal efecto el ver que no formaban parte del más alto organismo del partido los hombres de primera fila; pero esto se podía haber desvirtuado anticipadamente, siendo uno de ellos, el de más autoridad, el que hubiera propuesto la eliminación de los ex-jefes y ex-ministros.

A la objeción de que si mañana un general ó un partido, anteponiendo la patria á la forma de gobierno, tratase de entenderse con nosotros para traer la República, no querría entenderse con el Directorio, contestaré lo siguiente: ese partido ó ese general se dirigirían á los hombres de más talla, aun cuando estuvieran retirados en sus casas; afortunadamente no es el cargo quien da los prestigios.

Y diré más aún; si alguien hubiera acudido directamente al Directorio, sus hombres habrían consultado con aquéllos, ya para reforzar su opinión, ya para justificar su conducta en asunto de tal importancia.

Mucho más podría decir; callaré, porque no se atribuya á mi declaración mayor alcance que el que hoy deseo darle.

Cabalmente porque no nos quedáramos sin prestigios, era por lo que yo deseaba que se hubieran contentado los que hoy tenemos con formar parte de la Junta Central. Están ya tan discutidos, y algunos tan quebrantados, que podrían haberse repuesto en su relativo apartamiento de la lucha activa.

Y si el Directorio, formado en las condiciones que yo proponía con hombres que tuvieran elementos propios para preparar la revolución, hubiere fracasado, nos quedarían esos prestigios de la reserva. Pero si éstos fracasan ahora, ¿qué nos quedará y qué podremos hacer?

Dicho esto, que debía decir para justificar mi silencio en la Asamblea, *conste* que aguardo sin impaciencia los hechos del Directorio para juzgar á sus hombres, y que no seré el último en aplaudirlos si hacen aquello que el pueblo republicano ha querido que se haga al pedir y pactar la fusión.

JOSÉ NAKENS.

CÉLEBRE CONFERENCIA

DE

M. LEÓN TAXIL

SUMARIO:

Doce años bajo el pabellón de la Iglesia.—La patraña del Paladismo.—Miss Diana Vaughan.—El diablo entre los Masones.

15 céntimos, (10 para los suscriptores).

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio dos pesetas

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.